

EL ESPÍRITU DE FIDIAS

Alberto Loschi

Al pensar en Fidias son innúmeras las vivencias y recuerdos que me despierta una ya larga relación. Anécdotas, historias componen escenas que aluden no tanto a una realidad material como a una historia vivencial. Tal como las escenas de los sueños, condensan otras historias, figuran cumplimientos de deseo y se hunden en un núcleo, opaco a la conciencia, del que brotan los recuerdos. Ese núcleo es de naturaleza sexual, su vigencia mantiene viva y anima la relación, corresponde a un espacio-tiempo que escapa al cotidiano: es el espacio y tiempo del encuentro con el otro. En ese espacio habita 'mi' Fidias. Pero... ¿a qué alude ese 'mi'? ¿A su persona? ¿A su obra? ¿A su pensamiento? A falta de un término mejor digamos que es su espíritu; concepto complejo, impreciso pero elocuente.

Es difícil describir un espíritu porque los espíritus no andan sueltos, sólo **son** en tanto están entreverados con uno, aunque sin confundirse jamás. 'Mi' Fidias alude pues a ese espíritu, que habita

en mí pero que encuentro en él; en su estilo, en su obra, en su pensamiento, en su persona.

Su Estilo

Si tuviese que distinguir entre todo aquello de Fidias que más marcó mi formación, sin duda me centraría en una cualidad que sólo he encontrado en muy pocos analistas. Esa cualidad, que hace a su estilo, es la de tener siempre en el foco de su atención y estar siempre conectado con 'la cosa' que lo ocupa, con el problema que lo convoca y no tanto con las teorías que aluden a tales problemas. 'Mi' Fidias es más un pensador, un investigador, un explorador del territorio que un estudioso de los mapas. Me parece mucho mejor describirlo así, que decir, por ejemplo, que es alguien que jerarquiza la clínica, alguien que toma la clínica como su base de operaciones. Eso es cierto. Pero, si se dice sólo así, queda sin rescatar, sin distinguir el modo especial en que lo hace. Decir que no se aparta de la clínica podría confundirse con la posición del empirista. Y el empirista, con la pretensión de atenerse sólo a lo que sus ojos le muestran, termina viendo sólo lo que las teorías -que lleva adentro

sin saberlo- le dejan ver. Desde esa perspectiva hasta puede decirse que el empirista es el que más especula; en el doble sentido del término, que también incluye lo especular. Sólo ve lo que el espejo le muestra, esto es, su imagen de las cosas. En ese sentido Fidias no es un empirista.

También puede jerarquizarse la clínica, pero a partir de los mapas que otros han trazado de ella: Freud, Melanie Klein, Winnicott, Lacan, o incluso Cesio. No es que esté mal hacerlo así. Es tal vez la posición que más abunda, y siempre de alguien se aprenden los palotes. Pero no es ese el estilo de Fidias. Él no hace el culto de las personas, de los autores. Su culto -en el sentido de cultivar- es el de 'la cosa', el problema. Y 'la cosa', el problema no es lo que se ve, sino lo que no se ve... pero está.

Hay dos maneras de relacionarse con el psicoanálisis, dos modos de pensarlo. Uno -el más habitual- es sustentarse en lo que dijeron otros; Freud, por ejemplo. Pero, cuando Freud dijo lo que dijo, pudo hacerlo en la medida que estaba conectado con 'la cosa' que lo ocupaba. Y en esa ocupación puso sus palabras a 'la cosa'. Ese estilo, que es el de Freud, hace a la otra manera de relacionarse con el psicoanálisis. Freud confrontó lo que había sido dicho antes (lo que

Charcot y otros habían dicho de la histeria, por ejemplo) con el silencio de 'la cosa', con lo que no se ve. De esa confrontación nace el problema, que da que pensar y hace al pensar.

Ese es también el estilo de Fidias, el único que hace al desarrollo del psicoanálisis y a mantener viva su vigencia. Cualidad que encuentro poco frecuente en el momento actual del psicoanálisis.

Dicho esto vale aclarar ahora que Fidias no es alguien que desestime la teoría, no es alguien que se lance al territorio sin estar provisto de buenos mapas. Es un profundo conocedor de Freud y está consustanciado con el pensar freudiano. Tampoco le son ajenas las obras de aquellos autores que verdaderamente han tomado contacto con 'la cosa' psicoanalítica. Pero la relación que tiene con ellos y la teoría es la que se tiene con un instrumento, con un medio y no con un fin. Su fin, y esto no lo desatiende nunca, es el territorio y no los mapas.

Este estilo está presente en su obra, en su pensamiento, en su persona. Es admirable su obra, estimulante su pensamiento, querible su persona. Pero, lo que alimenta todas esas cualidades es el espíritu de Fidias.

Su Obra

Ese espíritu también se refleja en los temas que ha desarrollado y que componen su prolífica obra. Como buen explorador de territorios va más allá de los mapas y así ha trazado las coordenadas con las que podemos pensar otras dimensiones del campo psicoanalítico. El letargo, por ejemplo. Esa manifestación del análisis que está en los límites, donde desaparece la conciencia. Cuando el letargo toma al paciente, éste se presenta -tendido en el divan- como un cuerpo muerto y cuando invade al analista es él el que 'muere'.

Al entrar en el territorio del letargo encontró el paisaje de la muerte, pero desde una perspectiva novedosa que lo lleva a comprender la participación intensa de ésta en la vida. En Fideas, muerte no se opone a vida; la muerte está en la vida, y la alimenta.

Esta comprensión tiene una profunda implicancia en la clínica y en la técnica.

Resulta muy distinto entrar en los laberintos de la enfermedad, en el oscuro y tortuoso padecer del paciente con la idea de que 'la muerte' debe ser rechazada (idea que no sólo sustenta la clínica médica sino que es también la idea rectora que encontramos con mucha

frecuencia en el espíritu con que se ejerce el psicoanálisis) a considerar que de 'la muerte' brota la vida. Esta idea posibilita una relación íntima con la enfermedad, relación que de otro modo no llega a establecerse, y, a partir de ella, se favorece que la enfermedad dé sus frutos, se abra a la vida.

Este contacto con 'la muerte' llevó a Fidias a investigar otro límite, el de la reacción terapéutica negativa, esa extraña y particular resistencia que presenta la enfermedad cuando se pretende rechazarla ('curarla') sin escuchar sus voces. Voces que en este nivel hablan en el cuerpo. De tal modo, la investigación en la reacción terapéutica negativa lo llevó a interesarse y profundizar en el enigma de 'lo somático'.

Como todo lo que emprende lo lleva adelante, así también hizo con esta, por entonces, novedosa orientación del psicoanálisis. Fundó y fue director del Centro de Investigación en Psicoanálisis y Medicina Psicosomática y es uno de los exponentes más claros de esa orientación en el psicoanálisis argentino y mundial.

Otro resultado de su investigación en la reacción terapéutica negativa fue el que lo llevó a discriminar del complejo de Edipo la

tragedia edípica, aquella que 'habla' en el cuerpo y en los actos y que posibilita dar cualidad psíquica a lo somático.

"Lo somático es lo genuinamente psíquico", reafirmaría recientemente. Y una de sus voces privilegiadas es la vivencia, ese universo, hasta él poco explorado, del que brota la palabra.

La inclusión de la vivencia en la clínica y en la técnica resultó fecunda. Es la vida que nace del silencio de 'la muerte'; 'memorias' que, condensadas, son 'el muerto' y que, al ser atendidas, abren a la luz de la palabra nueva, la que funda historia y promueve el cambio psíquico. Conceptualizó este proceder técnico como "la construcción del acto", diferenciándolo de otros recursos técnicos como la interpretación y la reconstrucción histórica.

'La muerte', así entendida, el silencio en la palabra, la vivencia, lo somático son habitantes de "lo actual", territorio fundado por él y al que viene dedicando sus más recientes investigaciones. Con ellas se adentra en un territorio que Freud había insinuado al hablar del "factor económico" en las manifestaciones psíquicas. En "Análisis terminable interminable" destaca la importancia creciente que, sobre el final de su vida, le otorgaba a este 'factor' al que, por entonces, sólo puede aludir como el componente cuantitativo de la

enfermedad. Los desarrollos de Fidias sobre lo actual permiten abrir 'eso' que se presenta como 'cuantitativo', entrar en los detalles de su arquitectura posibilitando operar e influir sobre 'eso' de un modo distinto que por la aplicación de una fuerza contraria. Se apreciará la importancia de esto al recordar que Freud, al encontrarse con esta dimensión, señalaba que sólo un juego de fuerzas favorables podía vencerla: "...el resultado final depende siempre de la proporción relativa entre las fuerzas de las instancias en recíproca lucha". Si bien esta frase seguirá por siempre siendo cierta, la concepción de 'lo actual' le agrega matices que enriquecen la clínica.

Su Pensamiento

Así como ese espíritu ha dado su imprinting a la obra, también es notable en su pensamiento.

Sorprende, al dialogar con Fidias, al pensar con él, una cualidad harto infrecuente en el pensamiento. Las ideas, los argumentos, las teorías, el pensar en general tienen siempre una dimensión de espejo que encandila. Es lo menos valioso del pensar pero aquello en lo que más frecuentemente quedamos atrapados, como Narciso

al mirar las aguas. Esta cualidad de espejo que tiene el pensar produce un efecto de atrapamiento en la imagen reflejada o el rechazo refractario de la misma. Encandilamiento o repulsa, en ninguno de los dos casos se trasciende la dimensión especular. Tales efectos suelen ser dominantes y los encontramos por doquier en cualquier foro en el que se expongan ideas. En cambio, sorprende en Fideas, la ductilidad con que puede atravesar esa dimensión y traer al pensar lo que está detrás del espejo. En esa ductilidad reside el atractivo y lo fecundo de un diálogo con él, que trascendiendo los espejismos narcisistas, hace presente en el pensar 'lo que no se ve'; abriendo las imágenes e infundiendo cuerpo y vida al pensar.

Por supuesto, por nuestra parte podemos quedarnos encandilados con sus ideas, no trascender 'las imágenes' de su teoría y limitarnos a investirnos de ellas (como tan frecuentemente ocurre con Freud y otros). En tal caso recorreremos sus mapas, podremos *reflexionar* sobre ellos, pero sin tomar contacto con 'la cosa'. Y, como decíamos, sólo el contacto con 'la cosa' (cuando no nos paraliza) permite el genuino pensar. Se distingue así el genuino pensar del reflexionar.

El reflexionar se apoya en citas, en las que necesita reflejarse para cobrar figurabilidad. Mientras los reflejos responden nos sentimos

orientados y en terreno firme: siempre podemos decir –Freud ya pasó por aquí, allí están sus huellas- y dar una cita que lo atestigüe. Pero, si nos sacan del mapa, se abre un abismo bajo nuestros pies y, en general, la angustia nos devuelve al mapa. Si tenemos en cuenta la profusión de citas que encontramos en los escritos de psicoanálisis, estaremos de acuerdo que éste es el estilo dominante en la etapa actual de nuestra disciplina.

Pero si la angustia no nos hace retroceder a buscar refugio en lo ya consabido, ese contacto con ‘la cosa’, con el problema va a dar lugar al genuino pensar. Mientras el reflexionar sólo remite de un espejo a otro espejo hasta el infinito, el genuino pensar se abre camino en la opacidad que está detrás del espejo. Esos momentos de atravesamiento son los que dan impulso al psicoanálisis, en la clínica y en la teoría. Por ese motivo aspiraría a que esa cualidad, que es la de Fidias, trascienda.

Su Persona

Si bien su personalidad es fundamentalmente narcisista –como la de todo espíritu creador-, es también notable su capacidad de amar, lo

que abre un interrogante y lleva a pensar cómo ha cultivado esa capacidad. Considero que es también producto de su espíritu.

Pienso que la intrepidez, que sin arredrarse ante la angustia, lo lleva al encuentro con 'la cosa'; que atravesando el tabú, le hace tomar contacto con el incesto, es la que ha ido haciendo cristalizar en él esa capacidad de amar y que lo vuelve a la vez una persona querible.

La capacidad de amar surge del arduo trabajo de vencer el horror al incesto, de allí la incapacidad neurótica, siempre presa de ese horror. En eso se diferencia el genuino amor del enamoramiento o la pasión arrebatada, que fácilmente da lugar al odio. Estos últimos siempre están supeditados al horror al incesto y por eso su volubilidad que contrasta con la solidez del genuino amor, mucho más atemperado en su expresión.

Fidias no es una persona de las que se llaman demostrativas, no es ese el estilo con que ejerce esa capacidad. Podría citar muchas anécdotas que ilustren este aspecto de su personalidad, pero se me ocurre una que por su simplicidad me parece ejemplar.

En una oportunidad estábamos reunidos en casa con Fidias y otros amigos. Se trataba de un almuerzo informal, la mesa estaba puesta en el jardín y ya habíamos comido el lechón -su comida favorita-. Al

momento de los postres se acercó a la mesa mi perra –una no muy educada dobermann- y se puso al lado de Fideas. De pronto lo veo cortar un pedazo de su torta y, con la misma cuchara con que estaba comiendo, ofrecérsela a la perra que, por supuesto, sin ningún empacho se la manducó. Primero pensé que no le había gustado el postre y había optado por que lo disfrutara alguien que sí lo sabía apreciar, pero esa hipótesis quedó refutada cuando presencié que el siguiente bocado lo llevó él a su boca y que luego, la feliz perra, disfrutó compartiendo, bocado a bocado, la cuchara y la torta.

Quien conozca el carácter refinado de Fideas, descartará fácilmente que pudiera tratarse de un acto propio de alguien poco cultivado que no ha erigido las barreras del asco entre los ingredientes de su personalidad. Por el contrario, son destacables en Fideas, sus modales elegantes, su educación y savoir faire. Nuevamente, si queremos darle al episodio una explicación, la encontraremos en el espíritu del que venimos hablando. No es el lugar para hacer el análisis de lo que es un animal doméstico, pero diremos que condensa los núcleos narcisistas y la sexualidad infantil, esa que por su carácter incestuoso se oculta detrás de las barreras del asco, el miedo, la vergüenza. La naturalidad con que ofreció su cuchara a la

perra es la misma con la que puede tomar contacto con tales núcleos narcisistas y sexuales en la clínica y en la teoría. Esa 'naturalidad' de trato, esa aceptación de 'lo otro', de lo que está tras la represión es fundamental para el desarrollo y despliegue de las transferencias amistosas por sobre las negativas y sexuales, tejiendo los lazos libidinales sólidos que caracterizan sus vínculos. En efecto... la perra no se despegó de su lado durante el resto de la comida.